
Manuel R. Millor Mauri*

EL PROYECTO NACIONAL
ante la crisis

Tiempo e Historia

Resulta imposible comprender a México, su historia, sus luchas presentes, su futuro, aislado del resto de América Latina. De la misma manera, América Latina sin México, pierde una porción vital e indispensable del todo. Hoy, como nunca antes, nuestra América se hunde en pedazos, o se salva en su conjunto. Este es el imperativo crucial del tiempo que vivimos. No existen soluciones a medias, ni vale la esperanza de aguardar coyunturas más propicias. El tiempo histórico disponible para un proyecto colectivo viable es sumamente reducido.

Con la independencia, América Latina y México, por inercia, siguieron el movimiento descendente, la declinación, en que España y Portugal habían estado sumidas desde mucho antes. A la inversa, Estados Unidos prosiguió el movimiento ascendente, expansivo, de Inglaterra. Este momento histórico en que los pueblos de Estados Unidos y América Latina (más concretamente, México), se encontraron frente a frente, determinó en buena medida los acontecimientos ulteriores: la fragmentación de las diversas regiones del antiguo imperio español; la pérdida por parte de México de más de la mitad de su territorio; la dependencia económica de centros de poder externos, primero Inglaterra, después Estados Unidos; la vigencia de patrones de dominación interna que se sustentaban sobre los vínculos con las potencias centrales.

* Coordinador del Centro de Relaciones Internacionales de la FCPyS.

Paralelamente, surgen en los países de América Latina, con diferencias temporales pero también con una tenaz reincidencia, tres objetivos vitales en la consolidación de sus respectivas sociedades: la unidad nacional, entre los diversos sectores que componen la población, hacia convivencia e interés comunes; un proceso de desarrollo acorde con la realidad latinoamericana, a través de una participación y una toma de conciencia cada vez más amplias de todos los grupos en los avances económicos, sociales y políticos; y la integración regional, como factor clave para la viabilidad de los dos primeros, y el logro de una “independencia colectiva”.

En la coyuntura de estos tres objetivos históricos, surge el nacionalismo como la ideología predominante y toman forma y buscan concreción los proyectos nacionales en América Latina.

El reto es enorme, a partir de condiciones internacionales desfavorables y antagónicas. Por sí solos nuestros países no pueden aspirar a un desarrollo autónomo e independiente de los grandes centros mundiales de poder financiero y político. A la inversa, un proceso de integración efectivo pondría al descubierto todo el potencial creativo de nuestros pueblos, y propiciaría un renacimiento integral latinoamericano: social, económico, político y cultural.

Sin embargo, el camino es largo y no hay que olvidar la alternativa opuesta, si el proceso anterior no comienza a mostrar resultados concretos dentro de un periodo de tiempo prudencial será la total y definitiva desnacionalización y desintegración interna, su establecimiento como países “sucursales”, desprovistos de conciencia y aspiraciones propias, y movidos tan sólo, como carga bruta, por la resaca del acontecer en los centros de poder hegemónico mundial.

Las terribles implicaciones de esta última posibilidad, demasiado real como para ignorarla, deben servir de acicate para impulsar a los gobiernos y a las sociedades latinoamericanas a luchar en forma sostenida por alcanzar modelos de desarrollo sustentados en la realidad nacional, encaminados hacia la integración latinoamericana.

El proyecto nacional y la crisis

¿Es posible hablar de un proyecto nacional de México? Sí, en términos ideológicos, políticos, económicos, sociales y culturales. El proyecto, desde su concepción durante el siglo XIX, gira en torno al nacionalismo mexicano. A su vez, el nacionalismo comprende dos vertientes: una defensiva —como reacción ante la irrupción de fuerzas foráneas— que mira hacia adentro en busca de las raíces de la identidad nacional; otra diná-

mica, explosiva, que persigue la consolidación y proyección de una visión única de la sociedad y del mundo.

Al analizar y tratar de comprender la fundamentación del proyecto nacional, es preciso tomar en consideración en todo momento la influencia vital de la Revolución Mexicana. Este suceso clave, da comienzo al periodo contemporáneo de nuestra historia, y del mismo surgen las corrientes que conforman la realidad y las perspectivas de México como nación.

El movimiento de 1910 fue una auténtica revolución, en el sentido que transformó radicalmente las estructuras sociales, económicas y políticas. El punto culminante del proceso fue la Constitución de 1917: el plan político para desarrollar al país en función de un proyecto nacionalista. La doctrina de la Revolución Mexicana, tal como se manifiesta en la Carta Magna, es de una complejidad extrema. Sólo con respecto a dos provisiones de la Constitución se registró un acuerdo unánime: erradicar del poder a los grupos que lo habían monopolizado hasta ese entonces —la aristocracia latifundista, los inversionistas extranjeros y la iglesia— y revigorizar la participación estatal en el proceso de desarrollo.

El elemento central que hizo posible la incorporación de las provisiones constitucionales más avanzadas —artículos 3, 27, 123 y 130 fue la ruptura con el liberalismo tradicional. En la Carta Magna de 1917 conflúan los factores reales de poder en la sociedad mexicana. De esta manera, los artículos 27 y 123 recogían las demandas del sector campesino y de la clase obrera, que reclamaban una fundamentación constitucional que los amparara.

Si bien las libertades individuales se preservaron en la Constitución de 1917, se consagró la decidida y sostenida intervención del Estado en los procesos socioeconómicos fundamentales. Quedó también establecido que, en caso de conflicto, los intereses del Estado y de la sociedad como un todo prevalecerían sobre los de individuos o grupos. El Estado consolidó su poder para definir, modificar o extender su autoridad sobre una amplia gama de funciones.

La crisis actual cuestiona profundamente los anteriores postulados, sobre los cuales se ha asentado el proyecto nacional. Para empezar, pone de relieve la enorme brecha entre la teoría y la praxis, o entre la retórica y la acción concreta de la mayoría de las administraciones que los han sustentado oficialmente durante décadas. Por otra parte, el surgimiento de nuevos grupos, fundamentalmente los sectores medios y los núcleos empresariales, resultado del proceso de desarrollo mismo, introduce la cuestión de si el México de hoy es diametralmente diferente al de 1917. En este sentido ¿es el proyecto nacional viable? ¿Pertenece a una etapa que comienza apenas a superarse? ¿O sigue siendo la expresión de la voluntad popular, aunque maltrecha?

Ideología

Por lo general, la historia política de los países latinoamericanos no ha sido propicia para el establecimiento de sistemas democráticos. Mas, aquí cabría la pregunta, ¿democracia en qué sentido? Al menos parcialmente, esta situación se ha derivado de la extrapolación de modelos de gobierno y desarrollo no apropiados para el contexto real de la operación de nuestras sociedades. El resultado concreto de esta contradicción, profundamente negativo para los objetivos de unidad nacional y modernización, se ha manifestado a través de elitismo, las dictaduras, las intervenciones extranjeras, las guerras civiles y las profundas desigualdades políticas, económicas y sociales. La tentación de la copia y la imitación como solución a la crisis actual, sigue vigente. Las contradicciones con su secuela inexorable, también.

Precisamente la desilusión con la “democracia liberal”, resultado del énfasis en derechos civiles individuales, la competencia electoral y las limitaciones al poder del Estado, desde principios del presente siglo, condujo a movimientos como la Revolución Mexicana de 1910. Se trataba de recuperar e incorporar al pensamiento y a la práctica de la política, elementos característicos propios de la historia y la idiosincrasia de nuestros pueblos.

En esta búsqueda, la clase trabajadora, los sectores campesinos y las fuerzas populares se organizaron en torno a los principios de la “democracia social”: igualdad y acciones centrales del Estado hacia la promoción del bienestar social de los sectores mayoritarios de la población. Se trataba de dar respuesta y promoción a las demandas populares, por medio de programas sociales, económicos y culturales con objetivos igualitarios. Pero, al hacerlo, se planteaba también la superación del “vacío de legitimidad” política, a través del nacionalismo.

El proyecto nacional mexicano descansa sobre dos bases ideológicas: nacionalismo revolucionario y democracia social. El primero plantea la defensa de la soberanía y el interés nacional, a través de la acción del Estado. La segunda da contenido al interés nacional como expresión de la voluntad popular: ideales y principios humanistas y el papel rector del Estado en la promoción del bienestar social de los sectores mayoritarios de la población.

Si la respuesta oficial a la crisis actual confirmara, o incluso sólo presagiara un viraje ideológico en los términos anteriores, esto proyectaría serias dudas sobre la viabilidad del proyecto nacional como tal.

Política

El Estado mexicano ha venido evolucionando desde la Reforma, como sustento del proceso nacional de desarrollo. Bajo sus auspicios, se ha conformado, con sus altibajos correspondientes, el proyecto nacional. En la encrucijada actual de la crisis, se decide la continuación y consolidación de este proceso, o la transferencia de la iniciativa y el poder, a otros grupos.

En la trayectoria del partido oficial que surge del movimiento de 1910, y del sistema político mexicano en general, se ha registrado una disminución progresiva de la influencia del caudillismo y el caciquismo como fenómenos de raigambre localista. Paralelamente, se ha incrementado el papel del partido oficial en el proceso de coordinación y canalización de los actores políticos, ostensible, por ejemplo, a través de la Reforma Política. Este fenómeno se manifiesta bajo el impulso de tensiones críticas derivadas de fallas del sistema en su grado de flexibilidad para acomodar la multiplicidad y especialización de intereses, o de canales inadecuados o insuficientes de comunicación centro-periferia.

Dentro de esta evolución, a mediados de la década de 1970 comienza a perfilarse una tendencia definida hacia la “tecnocratización”, manifiesta en el incremento del crecimiento económico *per se* y la administración como ejes de la vida pública, y el ascenso de técnicas y planificadores a los niveles más altos de toma de decisión. En forma paralela, disminuía progresivamente el poder de los “caciques” tradicionales, definidos como aquellos que utilizan su arraigo y fuerza localistas para llegar a puestos de influencia nacional. A la vez que se fortalecía el radio de acción de la tecno-estructura, se desplazaba a la clase política tradicional.

Este proceso podría parecer lógico a primera vista, incluso acertado en función de la evolución histórica y la creciente complejidad del Estado Mexicano. Más concretamente, en términos de “desarrollo estabilizador” y “auge petrolero”, la tecnocratización iba de la mano del crecimiento económico sostenido; éste era su razón de ser y justificación. Sin embargo, ¿qué ocurre en época de crisis? ¿Hacia dónde conduce el proceso de tecnocratización en un país como México, cuando las políticas de crecimiento se transforman en políticas de austeridad?

A partir de la Revolución, los gobiernos mexicanos han sostenido la preeminencia del Estado y del Sector Público como impulsores del desarrollo. El crecimiento económico se contempla, al menos en teoría, en el contexto de otros fines igualmente prioritarios, como son la estabilidad política, el bienestar social y la “mexicanización”. Este conjunto de objetivos sintetiza la ideología política “oficial”. El modelo de desarrollo se distingue por la consolidación de un Estado “fuerte”, capaz de

llevar a cabo programas de envergadura nacional sin perder de vista ese factor tan importante de la ecuación que es la sensibilidad política, o sea, las vías de comunicación que mantienen a los gobernantes en contacto con el pueblo, y que le dan legitimidad.

Con todas sus carencias y limitaciones, la clase política tradicional cumplía con este último y vital elemento de sustentación de Estado: carisma, arraigo localista, conocimiento (si bien no siempre acción correspondiente) de las demandas y el sentir popular. Al ceder el lugar a dirigentes y funcionarios con una orientación básicamente técnica y administrativa, el papel de los políticos tradicionales se sustituye con cifras de crecimiento económico sostenido. Pero, si fallan las políticas de crecimiento de un Estado progresivamente tecnocrático, debido a la crisis, ¿qué ocurre con el proyecto nacional original?

Más allá de las medidas formales para hacer frente a la crisis a corto plazo, son dos las opciones históricas: la iniciativa pasa a otros grupos de la sociedad, interesados en demostrar que si la eficiencia técnica y administrativa se trata, en ellos radica la etapa siguiente y lógica del proceso; o el Estado recupera el proyecto nacional, con una renovada sensibilidad social y política, que asuma un compromiso democrático con los sectores mayoritarios de la población.

Economía

En los días que corren, la crisis económica parece ocupar el lugar central en el escenario del proceso de desarrollo de México. Todo parece subordinarse, por necesidad, a la elaboración e implementación de medidas para “controlar” la crisis. Todas las decisiones políticas, en mayor o menor grado, se dan en función del imperativo de la crisis.

Petróleo y deuda externa, en el plazo de unas pocas semanas, han dado un golpe mortal al programa de reordenación económica a que se comprometió el actual gobierno mexicano hace ya más de dos años. El sector externo es el eje de este nuevo capítulo de la crisis: baja de exportaciones y de precios del petróleo; disminución del superávit de la balanza comercial; fuga de capitales; devaluación y, de manera casi inminente, un nuevo ciclo inflacionario. Tras estos golpes devastadores, persiste y aun se incrementa la gigantesca deuda externa de más de 96,000 millones de dólares.

En este contexto, deben inscribirse los acuerdos del gabinete económico de reducir el gasto corriente del Sector Público, vender o liquidar empresas paraestatales y parte de la banca nacionalizada, dar margen a transacciones cambiarias más abiertas al libre juego de oferta y

demanda, liberalizar el comercio y despedir masivamente a miembros de la burocracia (¡fundamentación clave de la acción estatal!). Asimismo, se recrudecen las manifestaciones por parte de grupos empresariales que demandan mayor eficiencia y una mayor participación en la conducción de los asuntos públicos. Ambos acontecimientos no son sino diferentes ángulos de una misma dinámica.

La conducta del gobierno mexicano, al cumplir puntual y al pie de la letra de sus obligaciones financieras —pago del servicio de la deuda, citada a menudo como ejemplar por los grandes centros mundiales de poder económico— no ha llevado a una mejoría: estamos igual o peor que hace dos años; se habla de otra reestructuración de la deuda. Como Sísifo, nos encontramos condenados a volver a andar, una y otra vez, lo que ya creíamos superado.

Se han perdido, aparentemente, los niveles de control nacional de la economía mexicana. A estas alturas es claro que, a merced de las tasas de interés y de los precios de los hidrocarburos, cualquier plan fundamentado en el sector externo resulta fútil y contraproducente.

La política de liberalización comercial, tal como se plantea en el contexto global actual, rompe abruptamente con añejas tradiciones nacionalistas. En aras de una supuesta mayor eficiencia y competitividad en el mercado internacional, la apertura indiscriminada a la inversión extranjera puede conducir a una transnacionalización progresiva, y ahora sí definitiva, de la economía nacional.

Lo anterior, simultáneo a una paralización de la administración del Sector Público, con despidos y recortes que no inciden significativamente sobre la liquidez financiera, tendría una inevitable y negativa secuela política y social: se entregarían mecanismos de control clave a grupos o enemigos del proyecto nacional.

Considerando el actual margen estrecho de acción del gobierno mexicano, estas medidas podrían tomarse como una retirada táctica, como un compás de espera para coyunturas más favorables. De no ser así, su efecto acumulativo encierra riesgos ominosos para el proyecto nacional.

Se precisa de una revisión profunda de la estrategia económica. Las prioridades deben reorientarse antes que al sector externo al mercado interno, contemplando las amplias perspectivas de generación interna de trabajo y riqueza.

Sociedad y cultura

Más allá de la economía y la política, la conciencia nacional de una sociedad se manifiesta a través de la cultura. Por cultura entendemos

tradiciones, idiosincrasia, lenguaje, costumbres y valores. La identidad cultural fundamenta las aspiraciones y metas de un pueblo; proporciona la cohesión necesaria para proseguir la marcha hacia un proyecto de convivencia común en concreto.

La crisis actual y la carencia de una definición clara de propósitos por parte del gobierno mexicano, fomentan un proceso de enajenación cultural, cuyos efectos ya se sienten de manera palpable en el sistema educativo y en los medios de difusión. En un momento en que los canales de comunicación pública deberían de servir como factores de unidad nacional, en buena medida estos encuentran su utilidad y propósito en función del lucro, no obstante el impacto deprimente sobre el proyecto nacional. A partir de la imitación o copia de patrones de consumo y formas de vida ajenos a la realidad de los sectores mayoritarios de la población, se tergiversa la escala de valores de la sociedad mexicana.

El crudo imperativo de la economía extranacional parece cernirse como sombra ominosa sobre los valores fundamentales de la sociedad mexicana: independencia y soberanía, relaciones sociales más libres y justas, es decir, la viabilidad del proyecto nacional. Por encima del manejo técnico de cifras, ecuaciones e indicadores económicos, de las proyecciones sobre la capacidad de pago de la deuda, está el pueblo “de carne y hueso”, como diría Unamuno, que vive y sufre.

Resulta inaceptable plantear una solución a la crisis —sin importar la urgencia del caso— a partir de los intereses de círculos reducidos, aunque poderosos, inscritos en el comercio exterior, y de medidas de corte neoliberal. Por el contrario, el proyecto nacional encuentra su razón de ser en la realidad mexicana: formas de producción, organización y convivencia propias; factores sociales, políticos, económicos y culturales que, a fin de cuentas, constituyen el México verdadero y vital y dan sustento a nuestra nacionalidad.

En la incorporación efectiva de ese potencial interno de desarrollo radica la salida: más de cuatro quintas partes de la población están más allá de la especulación en dólares, no caen en la desesperación ni en la histeria porque su lucha diaria por la supervivencia es, en sí, tributo a la resistencia, a la reciedumbre y a la frugalidad. . . esperan, paciente pero no eternamente. El compromiso del gobierno es con el bienestar de la población y no con los todopoderosos del sistema económico internacional o sus amanuenses. Esa es, a fin de cuentas, la base y la sustentación del proyecto nacional. La respuesta está en nosotros mismos.

Política exterior

México posee una larga tradición con respecto a ciertos principios de conducta internacional. La política exterior mexicana se orienta hacia el respeto de la soberanía nacional, la no intervención y la autodeterminación; la solución pacífica de los conflictos —la renuncia a la utilización de la fuerza o las amenazas en las relaciones internacionales— la igualdad de los Estados y la cooperación y solidaridad internacionales. A nivel interno, estos principios se traducen en la defensa del proyecto nacional.

Es posible constatar seis grandes tendencias que caracterizan, hasta su tercer año, la política exterior del actual gobierno mexicano:

- **Interés nacional.** Las acciones diplomáticas se han orientado hacia la defensa y la definición del interés nacional: en lo interno, en apariencia al menos, el rescate del proceso de desarrollo a partir de una utilización más eficiente, racional y efectiva de los recursos humanos y físicos disponibles. En lo externo, el fortalecimiento y la promoción de la posición de México, *vis a vis* otras naciones y centros de poder.
- **Diplomacia multilateral.** La diplomacia multilateral ha representado uno de los canales de expresión más idóneo y un pilar de apoyo para la política exterior. El gobierno mexicano ha emprendido acciones conjuntas (Grupo Contadora, Conferencia de Nueva Delhi), con países que comparten objetivos y perspectivas comunes.
- **Combinación de pragmatismo e ideología.** La política exterior de México ha reflejado una combinación de pragmatismo o ideología. Por una parte, las necesidades reales del país han llevado a una consideración objetiva y permanente de las circunstancias del contexto de operación internacional, en función de factores favorables y limitantes. Por la otra, la ideología y la filosofía del Estado mexicano, sustentada en el nacionalismo revolucionario, la democracia social y los principios tradicionales de conducta internacional, proporcionan fundamentación y coherencia.
- **Relaciones con Estados Unidos.** Los acontecimientos de los últimos años parecen confirmar una nueva tendencia en las relaciones entre México y Estados Unidos: un desplazamiento de la “relación especial”, vigente desde la década de 1950, hacia una relación más compleja y difícil, con episodios alternos de cooperación y conflicto. De cualquier manera, las relaciones con Estados Unidos continúan siendo el punto neurálgico de la política exterior de México.
- **Relaciones con América Latina.** A partir de profundos nexos

culturales e históricos, el gobierno mexicano ha promovido en forma sostenida y activa la conformación de una “comunidad de intereses” con los países latinoamericanos, con el objetivo aparente de lograr una mayor autonomía colectiva. Esta área prioritaria de la política exterior se ha desarrollado paralelamente al proceso de democratización puesto en marcha en América Latina.

● **Diversificación de las relaciones exteriores.** A pesar de que en términos económicos la situación no resulta propicia, tanto en este campo como en las relaciones políticas y culturales, la política exterior mexicana ha proclamado el objetivo de la diversificación. A nivel bilateral se han realizado esfuerzos para estrechar lazos con países del Tercer Mundo, Europa Occidental y Japón, así como con el bloque socialista.

La paradoja o contradicción de que en su época de crisis generalizada la política exterior de México propugne un dinamismo especial, y busque nuevos esquemas de acción, lo que es tan sólo en apariencia. En la conjugación del proyecto nacional con las causas nobles y justas de la humanidad, encuentra el gobierno mexicano un espacio creativo propicio y efectivo. Durante los próximos años, la política exterior puede seguir constituyendo un instrumento clave, no sólo para reafirmar los intereses del país en el exterior, sino también para fortalecer el proyecto nacional. Los riesgos son obvios; será un periodo tenso y difícil. Pero el aislamiento y la inercia pueden resultar fatales.

Sin embargo, la crisis actual encierra la tentación de un repliegue en materia de política exterior. Esta posibilidad podría ocasionar repercusiones internas y externas. A nivel local, un rompimiento aunque parcial con la conducta internacional o con el nivel de presencia de México en los foros mundiales, podría incidir sobre el equilibrio de fuerzas políticas. A la inversa, las medidas internas para hacer frente a la crisis podrían representar una pérdida de credibilidad y prestigio en el escenario mundial, en especial dentro de la comunidad latinoamericana. La política exterior es un componente esencial del proyecto nacional.

Opciones y perspectivas

A partir de la inestabilidad prevaleciente en el sector externo, manifiesta en los precios de hidrocarburos, tasas de interés, escasas probabilidades de recuperación con base en el comercio exterior, todo parecería presagiar una nueva fase de la crisis, quizá más aguda, en el corto plazo. De lo anterior, se podrían perfilar dos posibles escenarios:

- Una profundización de las medidas de corte neoliberal: reducciones adicionales del gasto público, liberalización más pronunciada del comercio e ingreso al GATT, que llevarían a una creciente privatización y transnacionalización de la economía, con sus consecuentes efectos políticos y sociales.
- Un cambio radical en los lineamientos de política económica actual, que intente recuperar el proyecto nacional.

En México, soberanía y nacionalismo son expresiones prácticamente inextricables, que se refuerzan mutuamente de manera dinámica. Encarnan el proyecto nacional, el sentir y la idiosincracia del pueblo mexicano. Constituyen la manifestación elocuente, vibrante y sólida de nuestra epopeya histórica, con todas sus tragedias, avatares, derrotas y triunfos. Son el epítome de la voluntad popular. Y, tal parece, resultan un enigma indescifrable para aquellos que, dentro y fuera, sugieren o presionan burdamente para adoptar esquemas ideológicos, políticos y económicos ajenos a nuestra realidad.

En este contexto, la recuperación del proyecto nacional no debe tomarse como una receta para la autarquía. Más allá de los modelos deshumanizantes, con signos sólo aparentemente disímiles, que descubren su verdadera faz imperialista tras la sorda y aterradora lucha por la supremacía mundial, hoy por hoy México, y América Latina, se enfrentan a su destino histórico: trascender las circunstancias limitantes transitorias y dar rienda suelta a sus inmensas posibilidades creativas. En “Nuestra América” está en juego mucho más que cifras económicas o motivaciones exógenas: se trata del devenir de un modelo único de civilización y cultura.

Son dos las opciones que circunscriben la acción del Estado Mexicano: mayor autonomía relativa o mayor dependencia. Es preciso hacer frente al reto que encierra esta disyuntiva.